

El pequeño pueblo de St. Faith está ubicado en un claro del bosque que se extiende hasta la orilla norte del río Fawn, en el condado de Hampshire, acurrucado contra su iglesia normanda, como si buscara protección espiritual contra las hadas, trolls y la gente pequeña que, se suponía, aún permanecía en los vastos espacios vacíos del Bosque Nuevo, y que salían después del anochecer para encargarse de sus asuntos. Una vez fuera de la aldea, uno puede caminar en cualquier dirección (siempre que evite el camino alto que conduce a Brockenhurst) durante una tarde de verano sin ver signos de vida humana, o posiblemente incluso sin ver a otro ser humano.

Los ponis salvajes pueden dejar de alimentarse por un momento al pasar, los cortes blancos de los conejos se desvanecerán en sus madrigueras, una víbora marrón tal vez se deslizará de su camino hacia un grupo de brezos, y pájaros invisibles se reirán entre los arbustos, pero puede suceder fácilmente que durante un largo día uno no vea nada humano. Sin embargo, no te sentirás solo en lo más mínimo. En verano, la luz del sol será alegre sobre las alas de las mariposas, y en el aire espeso con todos esos sonidos del bosque que, como los instrumentos de una orquesta, se combinan para tocar la gran sinfonía del festival anual de junio.

Los vientos susurran en los abedules y suspiran entre los abetos; las abejas están ocupadas con su trabajo entre el brezo, una miríada de pájaros cantan en los templos verdes de los árboles del bosque, y la voz del río parloteando sobre lugares pedregosos, burbujeando en las piscinas, riéndose y tragando rincones, te da la sensación de que muchas presencias están al alcance de la mano.

Sin embargo, por extraño que parezca, uno hubiera pensado que estas influencias benignas y alegres del aire sano y la amplitud del bosque serían camaradas muy saludables para un hombre, en la medida en que la Naturaleza realmente puede influir en este maravilloso género humano que en estos siglos ha aprendido a desafiar las tormentas más violentas en sus casas bien establecidas, para frenar sus torrentes y hacer que iluminen sus calles, para hacer túneles en sus montañas y arar sus mares; no obstante, los habitantes de St. Faith no se aventurarán voluntariamente al bosque después del anochecer.

Porque, a pesar del silencio y la soledad de la noche encapuchada, parece que un hombre no está seguro de qué compañía puede encontrarse de repente, y aunque es difícil obtener de estos aldeanos una historia clara de apariencias ocultas, el sentimiento es extendido. De hecho, solo he escuchado una historia con cierta precisión, la historia de una cabra monstruosa que se ha visto saltar con alegría infernal sobre los bosques y lugares sombreados, y esto quizás esté relacionado con el

relato que he intentado reconstruir.

Todos recuerden al joven artista que murió aquí no hace mucho, un joven de gran belleza personal, con algo sobre él que hizo que los rostros de los hombres sonrieran y se iluminaran cuando lo miraban. Su fantasma, te dirán, camina constantemente por el arroyo, deambula por el bosque que tanto le gustaba, y en especial atormenta a cierta casa, la última del pueblo, donde vivía, y su jardín en el que había encontrado la muerte. Por mi parte, me inclino a pensar que el terror del bosque data principalmente de ese día.

Entonces, tal como es la historia, la he expuesto de forma conectada. Se basa en parte en los relatos de los aldeanos, pero principalmente en el de Darcy, un amigo mío y del hombre con quien estos eventos estaban principalmente relacionados.

El día había sido de un esplendor inmaculado a mediados del verano, y a medida que el sol se acercaba a su puesta, la gloria de la tarde se hacía cada vez más cristalina, más milagrosa.

Hacia el oeste desde St. Faith, el bosque de hayas que se extendía por algunos kilómetros hacia las tierras altas ya proyectaba su velo de sombra sobre los tejados rojos de la aldea, pero la aguja de la iglesia, sobrepasando todo, todavía señalaba un dedo llameante hacia el cielo. El río Fawn, que corre debajo, yacía en láminas de azul reflejado en el cielo, y enrollaba su curso soñador y tortuoso alrededor del borde de este bosque, donde un áspero puente de dos tablas cruzaba desde el fondo del jardín de la última casa en el pueblo, y se comunicaba por medio de una pequeña puerta de mimbre. Luego, una vez fuera de la sombra del bosque, el arroyo yacía en las charcas en llamas del carmesí fundido de la puesta del sol, y se perdía en la bruma de la distancias.

Esta casa al final del pueblo se encontraba fuera de la sombra, y el césped que se inclinaba hacia el río todavía estaba salpicado de luz solar. Las flores de jardín, de color deslumbrante, se alineaban en sus senderos de grava, y en el centro corría una pérgola de ladrillos, medio escondida en racimos de rosa y púrpura con clemátides estrelladas. En el extremo inferior, entre dos de sus pilares, colgaba una hamaca que contenía una figura en mangas de camisa.

La casa en sí estaba un poco alejada del resto del pueblo, y un sendero que cruzaba dos campos, ahora alto y fragante con heno, era su única comunicación con el camino alto.

Era de construcción baja, solo dos pisos de altura, y al igual que el jardín, sus paredes eran una masa de rosas en flor. Una estrecha terraza de piedra corría a lo largo del frente, sobre el cual se extendía un toldo, y en la terraza un joven criado silencioso estaba ocupado con la colocación de la mesa para la cena. Era ingenioso y rápido con

su trabajo, y una vez terminado, volvió a la casa y reapareció nuevamente con una gran toalla de baño áspera en el brazo. Con esto fue a la hamaca en la pérgola.

—Casi las ocho, señor —dijo.

—¿Ya ha venido el señor Darcy? —preguntó una voz desde la hamaca.

—No, señor.

—Si no regreso cuando él venga, dile que me estoy bañando antes de cenar.

El criado regresó a la casa y, después de un momento o dos, Frank Halton luchó para ponerse de pie y se dejó caer sobre la hierba. Era de mediana estatura y de constitución bastante delgada, pero la flexibilidad y la gracia de sus movimientos daban la impresión de una gran fuerza física: incluso su descenso desde la hamaca no fue una actuación incómoda.

Su cara y manos eran de tez muy oscura, ya sea por la exposición constante al viento y al sol o, como su cabello negro y sus ojos oscuros tendían a mostrar, por alguna cepa de sangre del sur. Su cabeza era pequeña, su rostro de una exquisita belleza, mientras que la suavidad de su contorno te habría llevado a creer que todavía era un muchacho sin barba en su adolescencia. Pero algo, una mirada que solo la vida y la experiencia pueden dar, parecía contradecir eso, y dejarte completamente desconcertado en cuanto a su edad.

Estaba vestido como la temporada y el calor lo exigían: solo llevaba una camisa abierta en el cuello y un par de pantalones de franela. Su cabeza, cubierta con una mata de pelo corto y rizado, estaba desnuda mientras paseaba por el césped hasta el lugar de baño que había debajo. Luego, por un momento, se hizo el silencio, luego el sonido de las salpicaduras y las aguas divididas, y poco después, un gran grito de alegría extática, mientras nadaba río arriba con el agua espumosa alrededor de su cuello. Después de unos cinco minutos, se dio vuelta sobre su espalda y con los brazos abiertos flotó río abajo, como acunado e inerte. Tenía los ojos cerrados, y entre los labios entreabiertos habló suavemente para sí mismo.

—Soy uno con eso —se dijo—, el río y yo, yo y el río. El frescor y la salpicadura son yo, y las hierbas de agua que ondean en él también lo son. Y mi fuerza y mis extremidades no son más sino del río. Todo es uno, todo uno, querido Fawn.

Un cuarto de hora más tarde, apareció de nuevo en el fondo del césped, vestido como antes, su cabello mojado ya secándose en sus rizos cortos y crujientes. Allí se detuvo un momento, volviendo a mirar el arroyo con la sonrisa con la que los hombres miran la cara de un amigo, luego se volvió hacia la casa. Simultáneamente, su criado llegó a la puerta que daba a la terraza, seguido por un hombre que parecía estar a mediados

de la cuarta década de sus años. Frank y él se vieron a través de los arbustos y las camas de jardín. Cada uno acelerando su paso, se encontraron repentinamente cara a cara en un ángulo de la caminata del jardín, en la fragancia de la siringa.

—Mi querido Darcy —exclamó Frank—, estoy encantado de verte.

Pero el otro lo miró con asombro.

—¡Frank! —exclamó.

—Sí, ese es mi nombre —dijo, riendo—. ¿Cuál es el problema?

Darcy tomó su mano.

—¿Qué te has hecho a ti mismo? —preguntó—. Eres un niño otra vez.

—Ah, tengo mucho para contarte —dijo Frank—. Muchas cosas que difícilmente creerás, pero te convenceré...

Se interrumpió de repente y levantó la mano.

—Silencio, ahí está mi ruiseñor —dijo.

La sonrisa de reconocimiento y bienvenida con la que había saludado a su amigo se desvaneció de su rostro, y una mirada de asombro ocupó su lugar, como la de un amante escuchando la voz de su amada.

Su boca se abrió ligeramente, mostrando la línea blanca de los dientes, y sus ojos se extraviaron hasta que Darcy pareció concentrarse en cosas más allá de la visión del hombre. Entonces, tal vez algo asustó al pájaro, porque la canción cesó.

—Sí, hay mucho para contarte —dijo—. Realmente estoy encantado de verte. Pero te ves bastante pálido y abatido. No es de extrañar después de esa fiebre. ¿Por qué no te quedas aquí hasta que estés en condiciones de comenzar a trabajar nuevamente? Dos meses al menos.

—Ah, no puedo quedarme tanto tiempo.

Frank lo tomó del brazo y lo escoltó sobre la hierba.

—Te diré abiertamente cuando esté cansado de ti, pero sabes que, cuando teníamos el estudio juntos, no solíamos aburrirnos. Sin embargo, es malo hablar de irse en el momento de la llegada. Demos un paseo por el río. Luego será la hora de la cena.

Darcy sacó su cigarrera y se la ofreció a su amigo. Frank rio.

—Paso, querido amigo. Supongo que solía fumar antes. ¡Qué extraño!

—¿Has dejado?

—No lo sé. Supongo que debo haberlo hecho. De todos modos no fumo ahora. Quizás también deje de comer carne.

—¿Otra víctima en el altar humeante del vegetarianismo?

—¿Víctima? —preguntó Frank.

Se detuvo en el margen de la corriente y silbó suavemente. Al instante, un pavo salvaje voló a través del río y llegó hacia la orilla. Frank lo tomó muy suavemente en sus manos y le acarició la cabeza, mientras la criatura yacía contra su camisa.

—¿La casa entre los juncos sigue siendo segura? —le habló al pájaro—. ¿Y la señora está bien? ¿Crecen sanos los polluelos? Ahí, querido, ve a casa —y lo arrojó al aire.

—Ese pájaro es muy manso —dijo Darcy, un poco desconcertado.

—Sí —dijo Frank.

Durante la cena, Frank se ocupó principalmente de actualizarse en los movimientos y logros de este viejo amigo a quien no había visto en seis años. Al parecer, esos seis años habían estado llenos de incidentes y éxitos para Darcy; se había hecho un nombre como pintor de retratos, lo cual le permitía vivir con cierta holgura. Unos cuatro meses atrás había sufrido un ataque de tifoidea, cuyo resultado, en lo que respecta a esta historia, fue que había acudido a este lugar para tratar de oxigenarse.

—Sí, has tenido éxito —dijo—. Siempre supe que lo tendrías Oh, Darcy, ¿cuánta felicidad has tenido todos estos años? Esa es la única posesión imperecedera. ¿Y cuánto has aprendido? Oh, no me refiero al arte.

Darcy se echó a reír.

—Mi querido amigo, todo lo que he aprendido en estos seis años ya lo sabías, por así decirlo, desde la cuna. Tus fotos antiguas alcanzan precios enormes. ¿Nunca pintas ahora?

Frank sacudió la cabeza.

—No, estoy demasiado ocupado —dijo.

—¿Haciendo qué? Por favor dime. Eso es lo que todos me preguntan.

—¿Haciendo? Supongo que dirías que no hago nada.

Darcy levantó la vista hacia el rostro joven frente a él.

—Parece que te sienta bien esa forma de estar ocupado —dijo—. Ahora es tu turno. ¿Lees? ¿Estudias? Recuerdo que dijiste que nos beneficiaría a todos, a todos los artistas, quiero decir, estudiar cuidadosamente cualquier rostro humano durante un año, sin grabar una línea.

—¿Has estado haciendo eso?

Frank sacudió la cabeza otra vez.

—Quiero decir exactamente lo que dije. No he estado haciendo nada. Y nunca he estado tan ocupado. Mírame.

—Eres dos años menor que yo —dijo Darcy—. Al menos solías serlo. Por lo tanto, tienes treinta y cinco. Pero si nunca te hubiera visto antes, debería decir que solo tienes veinte años. Pero, ¿valió la pena pasar seis años de vida de este modo para parecer veinte? Parece más bien el efecto de la influencia de una mujer.

Frank se rio bulliciosamente.

—Es la primera vez que le atribuyen mi estado a esa ave rapaz en particular —dijo—. No, esa no ha sido mi ocupación. Sin embargo, mi cuerpo se ha vuelto joven. Pero no solo eso, me he vuelto joven.

Darcy se echó hacia atrás en su silla.

—¿Ha sido esa tu ocupación entonces? —preguntó.

—Sí, eso de todos modos es uno de sus aspectos. ¡Piensa en lo que significa la juventud! Es la capacidad de crecimiento, mente, cuerpo, espíritu, todos crecen, todos se fortalecen, todos tienen una vida más plena y firme todos los días. Eso es algo, teniendo en cuenta que cada día que pasa después de que el hombre común alcanza la flor de su fuerza, se debilita. Un hombre alcanza su mejor momento y permanece, digamos, en su mejor momento, durante diez años, o tal vez veinte. Pero después se debilita lenta e insensiblemente. Estos son los signos de la edad en ti, en tu cuerpo, probablemente en tu arte, en tu mente. Eres menos eléctrico de lo que eras. Pero yo, recién estoy llegando a mi mejor momento, me estoy acercando. Ya lo verás.

Las estrellas habían comenzado a aparecer en el terciopelo azul del cielo, y hacia el este, el horizonte visto sobre la silueta negra de la aldea se volvía de color plateado al acercarse la salida de la luna. Las polillas se cernían débilmente sobre las flores del jardín, y los pasos de la noche se movían de puntillas entre los arbustos. De repente Frank se levantó.

—Ah, es el momento supremo —dijo en voz baja—. Ahora, más que en cualquier otro momento, la corriente de la vida, eterna e imperecedera, corre tan cerca de mí que casi me envuelve. Cállate un minuto.

Avanzó hasta el borde de la terraza y miró hacia afuera, de pie, con los brazos extendidos. Darcy lo escuchó respirar profundamente, y después de muchos segundos expulsar el aire nuevamente. Seis u ocho veces hizo esto, luego volvió a la luz de la lámpara.

—Te parecerá bastante loco —dijo—, pero si quieres escuchar la verdad más absoluta, te contaré sobre mí. Pero entra al jardín si no es húmedo para ti. Todavía no se lo he contado a nadie, pero me gustaría decírtelo. Es largo, de hecho, ya que incluso he tratado de clasificar lo que he aprendido.

Se adentraron en la fragante penumbra de la pérgola y se sentaron. Entonces Frank comenzó:

—Hace años, recuerdas —dijo—, solíamos hablar sobre la decadencia de la alegría en el mundo. Muchos impulsos habían contribuido a esta decadencia, algunos de los cuales eran buenos en sí mismos, otros, completamente malos. Entre las cosas buenas, están lo que podríamos llamar ciertas virtudes cristianas: renuncia, resignación, simpatía por el sufrimiento y el deseo de aliviar a los que sufren, pero de esas cosas surgen las muy malas, renuncia inútil, ascetismo por sí mismo, mortificación de la carne sin nada que seguir, ninguna ganancia correspondiente que sea, y esa horrible y terrible enfermedad que devastó Inglaterra hace algunos siglos, y de la cual, por herencia de espíritu, sufrimos ahora, el puritanismo.

»Esa fue una plaga terrible, los brutos sostuvieron y enseñaron que la alegría y la risa eran malas: una doctrina de lo más profano y malvado. ¿Por qué, cuál es el crimen más común que uno ve? Una cara hosca. Esa es la verdad del asunto. Toda mi vida he creído que estamos destinados a ser felices, que la alegría es, de todos los dones, el más divino. Y cuando me fui de Londres abandoné mi carrera, tal como era, lo hice porque tenía la intención de dedicar mi vida al cultivo de la alegría y, mediante un esfuerzo continuo e implacable, ser feliz.

»Entre las personas, y en constante relación con los demás, no lo encontré posible. Había demasiadas distracciones en las ciudades y salas de trabajo, y también demasiado sufrimiento. Así que di un paso hacia atrás. o hacia adelante, como quieras

ponerlo, y fui directamente a la Naturaleza, a los árboles, pájaros, animales, a todas aquellas cosas que claramente persiguen un solo objetivo, que ciegamente siguen el gran instinto nativo para ser feliz sin ningún cuidado por la moralidad, la ley humana o la divina. Entiendes que quería obtener toda la alegría de primera mano y sin adulterar, y creo que esta apenas existe entre los hombres; es obsoleto.

Darcy se giró en su silla.

—Ah, pero. ¿qué hace felices a las aves y los animales? —preguntó—. Comida, comida y apareamiento.

Frank se rio suavemente en la quietud.

—No creas que me convertí en sensualista —dijo—. No cometí ese error. Porque el sensualista lleva sus miserias y, alrededor de sus pies, enrolla la mortaja que pronto lo envolverá. Puedo estar enojado, es cierto, pero de todos modos no soy tan estúpido como para haberlo intentado. No, ¿qué es lo que hace que los cachorros jueguen con sus propias colas, qué impulsa a los gatos a hacer recados extáticos por la noche?

Se detuvo un momento.

—Así que fui a la naturaleza —dijo—. Me senté aquí en este Bosque Nuevo, y miré. Esa fue mi primera dificultad, sentarme aquí, en silencio, sin aburrirme, esperar sin ser impaciente, ser receptivo y estar alerta, aunque durante mucho tiempo no pasó nada en particular. De hecho, el cambio fue lento en esas primeras etapas .

—¿No pasó nada? —preguntó Darcy, bastante impaciente, con la fuerte revuelta contra cualquier idea nueva que, para la mente inglesa, es sinónimo de tontería—. ¿Qué debería pasar?

Ahora bien, Frank era el hombre más generoso pero también el de peor genio; en otras palabras, su ira se convertiría en un faro prodigioso, casi sin provocación, solo para apagarse nuevamente bajo una ráfaga de amabilidad no menos impulsiva. Así, en el momento en que Darcy había hablado, una disculpa por su apresurada pregunta estaba a mitad de camino por su lengua, pero no hubo necesidad de que hubiera viajado tan lejos, porque Frank volvió a reír con una alegría amable y genuina.

—Oh, cómo debería haberme resentido hace unos años —dijo—. Gracias a Dios que el resentimiento es una de las cosas de las que me he librado. Ciertamente deseo que creas mi historia, de hecho, lo harás, pero que en este momento debes implicar que no lo haces.

—Ah, tus estancias solitarias te han hecho inhumano —dijo Darcy, todavía muy inglés.



—Bastante menos simio al menos —dijo Frank, y luego continuó—. Bueno, esa fue mi primera búsqueda: la búsqueda deliberada e inquebrantable de la alegría, y mi método, la ansiosa contemplación de la Naturaleza. En cuanto al motivo, me atrevo a decir que fue puramente egoísta, pero en lo que respecta al efecto, me parece lo mejor que se puede hacer por los demás, porque la felicidad es más contagiosa que la viruela.

»Entonces, como dije, me senté y esperé. Miré cosas felices, evité celosamente ver algo infeliz y, poco a poco, un pequeño chorro de la felicidad de este mundo comenzó a filtrarse en mí. El goteo se hizo más abundante, y ahora, mi querido amigo, si por un momento pudiera desviarte del torrente de cosas mundanas para sentir lo que yo siento, lo abandonarías todo: el mundo mismo, el arte. Cuando el cuerpo de un hombre muere, pasa a los árboles y las flores. Bueno, eso es lo que he estado tratando de hacer con mi alma antes de la muerte.

El criado había traído a la pérgola una mesa con bebidas, y había puesto una lámpara sobre ella. Mientras Frank hablaba, se inclinó hacia el otro, y Darcy, a pesar de su sentido común, podría haber jurado que el rostro de su compañero brillaba, era luminoso en sí mismo. Sus ojos marrones oscuros brillaban desde dentro, la sonrisa inconsciente de un niño irradió y transformó su rostro. Darcy se sintió repentinamente excitado, eufórico.

—Continúa —dijo—. Puedo sentir que de alguna manera me estás diciendo la verdad. Me atrevo a decir que estás loco; pero no veo que eso importe.

Frank se rio de nuevo.

—¿Loco? Sí, ciertamente, si así lo deseas. Pero prefiero llamarme cuerdo. Sin embargo, nada importa menos que esas definiciones. Dios nunca etiqueta sus dones; Él simplemente los pone en nuestras manos; así como puso animales en el jardín del Edén, para que Adán los nombrara si se sentía dispuesto.

»Entonces, mediante la observación y el estudio continuo de cosas que eran felices —siguió él—, obtuve felicidad, obtuve alegría. Pero al buscar en la Naturaleza obtuve mucho más de lo que realmente buscaba. Es difícil de explicar, pero lo intentaré.

»Hace unos tres años, estaba sentado una mañana en un lugar que te mostraré pronto. Está al borde del río, muy verde, moteado de sombra y sol, y el río pasa a través de unos pequeños grupos de juncos. Bueno, mientras estaba sentado allí, sin hacer nada, solo mirando y escuchando, oí el sonido distintivo de un instrumento parecido a una flauta que tocaba una extraña melodía. Al principio no le presté mucha atención. Pero en poco tiempo la extrañeza y la belleza indescriptible de la melodía me impresionaron.

»Nunca se repetía, pero nunca llegaba a su fin. Frase tras frase siguió su dulce curso, gradual e inevitablemente hasta el clímax, y una vez alcanzado, continuó; se alcanzó otro clímax, y otro, y otro. Luego, con un repentino jadeo de asombro, localicé de dónde venía. Provenía de las cañas y del cielo y de los árboles. Estaba en todas partes; era el sonido de la vida. Era, mi querido Darcy, como habrían dicho los griegos, Pan jugando con sus pipas, la voz de la Naturaleza. Era la melodía de la vida, la melodía del mundo.

Darcy estaba demasiado interesado como para interrumpir, aunque había una pregunta que le hubiera gustado hacer. Frank continuó:

»Me sentí aterrorizado por el horror impotente de la pesadilla. Simplemente salí corriendo del lugar y regresé a la casa, jadeando, literalmente en pánico. Sin saberlo, porque en ese momento solo buscaba la alegría, comencé a ponerme en contacto con la Naturaleza. Sentí su poder, por eso regresé humildemente al lugar entre los juncos, pero pasaron casi seis meses antes de que volviera a escuchar la melodía.

—¿Por qué crees que ya no podías oírla? —preguntó Darcy.

—Seguramente porque me había rebelado, y lo peor de todo, me había asustado. Creo que no hay nada en el mundo que hiera tanto el cuerpo como el miedo. Y yo tuve miedo de la única cosa en el mundo que tiene una existencia real. No es de extrañar que su manifestación haya sido retirada.

—¿Y después de seis meses?

—Después de seis meses, una bendita mañana, volví a escuchar la melodía. No tuve miedo esa vez. Y desde entonces se ha vuelto más fuerte, más constante. Ahora la escucho a menudo, y puedo ponerme en una actitud tan receptiva que incluso puedo oírla a gusto. Nunca se ha repetido la misma melodía. Siempre es algo nuevo, más rico que antes.

—¿Qué quieres decir con una actitud receptiva? —preguntó Darcy.

—No puedo explicarlo con palabras; pero al traducirlo en una actitud corporal sería algo así como esto.

Frank se sentó por un momento, muy derecho en su silla, luego lentamente se hundió con los brazos extendidos y la cabeza caída.

—Esa —dijo—, una actitud sin esfuerzo, pero abierta, reposada, receptiva. Es justo lo que debes hacer con tu alma.

Luego se acomodó de nuevo en la silla.

—Una palabra más —dijo—, y no te aburriré más. Aunque luego me interrogues, no hablaré sobre eso nuevamente. Me encontrarás, de hecho, bastante normal en mi modo de vida. Verás pájaros y bestias que se comportan íntimamente conmigo, como ese pájaro antes, pero eso es todo. Caminaré contigo, montaré contigo, jugaré golf contigo y hablaré contigo sobre cualquier tema que desees. Pero quería que estuvieras en el umbral para saber lo que me ha pasado. Y una cosa más sucederá.

Se detuvo de nuevo y una leve mirada de miedo cruzó sus ojos.

—Habrá una revelación final —dijo—, un golpe completo y cegador que me abrirá, de una vez por todas, el pleno conocimiento, la plena comprensión de que soy uno, tal como tú lo eres, con la vida. En realidad no hay yo. Todo es parte de la única cosa que es la vida. Sé que eso es así, pero su realización aún no es mía. Pero lo será, y ese día veré a Pan. Puede significar la muerte, la muerte de mi cuerpo quiero decir, pero eso no me importa. También puede significar la vida inmortal y eterna, aquí y ahora, y para siempre.

»Luego de haber ganado eso, mi querido Darcy, predicaré tal evangelio de alegría, mostrándome como la prueba viviente de la verdad, que el puritanismo, la triste religión de los rostros amargos, se desvanecerá como un soplo de humo. Pero primero todo el conocimiento debe ser mío.

Darcy miró su rostro por un momento.

—Tienes miedo de ese momento —dijo.

Frank le sonrió.

—Muy cierto; eres rápido en haber visto eso. Pero cuando llegue, espero no tener miedo.

Por un corto tiempo hubo silencio; entonces Darcy se levantó.

—Me has hechizado, muchacho extraordinario —dijo—. Me has estado contando un cuento de hadas, y me encuentro pensando: ojalá sea verdad.

—Te prometo que lo es —dijo el otro.

—Y sé que no voy a dormir —agregó Darcy.

Frank lo miró con una especie de leve asombro, como si apenas entendiera.

—Bueno, ¿qué importa eso? —dijo.

—Te aseguro que sí. Soy miserable a menos que duerma.

—Por supuesto que puedo hacerte dormir si quisiera —dijo Frank con voz bastante aburrida.

—Acepto.

—Muy bien: vete a la cama. Subiré las escaleras en diez minutos.

Frank se entretuvo un poco después de que el otro se hubiera ido, moviendo la mesa bajo el toldo de la terraza y apagando la lámpara. Luego fue con su rápido y silencioso paso hacia la habitación de Darcy. Este último ya estaba en la cama, pero con los ojos muy abiertos y despierto, y Frank con una sonrisa divertida de indulgencia, como para un niño inquieto, se sentó en el borde de la cama.

—Mírame —dijo, y Darcy miró—. Los pájaros están durmiendo, y los vientos están dormidos. El mar duerme y las mareas no son más que la agitación de tu pecho. Las estrellas oscilan lentamente, se mecen en la gran cuna de los Cielos, y...

Se detuvo de repente, apagó suavemente la vela de Darcy y lo dejó durmiendo.

La mañana le trajo a Darcy una avalancha de sentido común, tan claro y nítido como el sol que llenaba su habitación. Lentamente, mientras despertaba, juntó los hilos rotos de los recuerdos de la noche anterior. Se dijo que había caído en un simple truco de hipnotismo. Eso explicaba todo, la extraña conversación que había tenido estaba bajo un hechizo de sugestión; toda su propia emoción, su aceptación de lo increíble, había sido simplemente el efecto de una voluntad más fuerte. Armado con este impenetrable sentido común, bajó a desayunar. Frank ya había comenzado y estaba consumiendo un gran plato de gachas y leche con el apetito más prosaico y saludable.

—¿Dormiste bien? —preguntó.

—Sí, por supuesto. ¿Dónde aprendiste hipnotismo?

—Al lado del río.

—Anoche hablaste una increíble cantidad de tonterías —comentó Darcy, con una voz punzante de razón.

—¿Tú crees? Mira, me acordé de pedirte un periódico. Puedes leer sobre mercados monetarios, política o partidos de cricket.

Darcy lo miró de cerca. A la luz de la mañana, Frank parecía aún más fresco, más

joven, más vital que la noche anterior, y esa imagen de algún modo derribó nuevamente el sentido común de Darcy.

—Eres el tipo más extraordinario que he visto —dijo—. Quiero hacerte algunas preguntas más.

—Dispara —dijo Frank.

Durante los siguientes días, Darcy le hizo muchas preguntas, objeciones y críticas a su amigo sobre la teoría de la vida, y gradualmente sacó de él una explicación coherente de su experiencia. En resumen, Frank creía que al estar desnudo, como él lo expresó, ante la fuerza que controla el paso de las estrellas, la ruptura de una ola, el brote de un árbol, el amor de un joven y una doncella, había tenido éxito de una manera hasta ahora inimaginable al poseer el principio esencial de la vida.

Día a día, pensó, se estaba acercando, y en unión más estrecha, con el gran poder mismo que hacía que toda la vida fuera el espíritu de la naturaleza. Por sí mismo, confesó lo que otros llamarían paganismo; para él era suficiente que existiera un principio de vida. No lo adoraba, no le rezaba, no lo alababa. Parte de él existe en todos los seres humanos, tal como existió en los árboles y animales; darse cuenta y vivir para sí mismo el hecho de que todo era uno, era su único objetivo.

Aquí tal vez Darcy dijo una palabra de advertencia.

—Cuídate —dijo—. Ver a Pan significaba la muerte, ¿no?

Las cejas de Frank se levantaron ante esto.

—¿Que importa eso? Es cierto que los griegos siempre tenían razón, y lo dijeron, pero hay otra posibilidad. Cuanto más me acerco, más vivo, más vital y joven me vuelvo.

—¿Qué esperas que la revelación final haga por ti?

—Te lo dije —dijo—. Me hará inmortal.

Pero no fue tanto por el discurso que Darcy llegó a comprender la concepción de su amigo, como por la conducta ordinaria de su vida. Estaban pasando, por ejemplo, una mañana por la calle del pueblo, cuando una anciana, muy encorvada y decrepita, pero con una alegría extraordinaria, salió cojeando de su cabaña. Frank se detuvo al instante cuando la vio.

—¡Vieja querida! ¿Cómo va todo?

Pero ella no respondió, sus viejos ojos tenues estaban clavados en su rostro; ella

parecía beber como una criatura sedienta el hermoso resplandor que brillaba allí. De repente, ella puso sus dos viejas manos marchitas sobre sus hombros.

—Eres solo la luz del sol —dijo, y él la besó y siguió adelante.

Pero apenas cien metros más allá se produjo una extraña contradicción de tanta ternura. Un niño que corría por el camino hacia ellos cayó de bruces y lanzó un triste grito de miedo y dolor. Una mirada de horror apareció en los ojos de Frank, que se dio media vuelta sin ayudarlo. Darcy, desconcertado, y habiendo comprobado que el niño no estaba realmente herido, alcanzó a su amigo más adelante.

—¿Qué diablos te pasa? —preguntó.

Frank sacudió la cabeza con impaciencia.

—¿No puedes entenderlo? ¿No puedes entender que ese tipo de cosas: dolor, ira, cualquier cosa desagradable, me hace retroceder, retrasa la llegada de la gran hora?

—Pero, ¿y la anciana? ¿Acaso no era desagradable?

El resplandor de Frank volvió gradualmente.

—Ah, no. Ella es como yo. Anhelaba la alegría, y la reconoció cuando la vio, la vieja querida.

—Entonces, ¿qué cabida tiene en tu filosofía la piedad cristiana? —preguntó Darcy.

—No puedo aceptarla. No puedo creer en ningún credo cuya doctrina central sea que Dios, que es alegría, debería haber tenido que sufrir. Quizás fue así; de alguna manera inescrutable creo que pudo haber sido así, pero no entiendo cómo fue posible. Simplemente no me cuestiono estas cosas. Mi aventura es alegría.

Habían llegado a la presa sobre la aldea, y el trueno del agua desenfrenada era fuerte en el aire. Los árboles se sumergieron en la corriente translúcida y el prado donde se encontraban estaba estrellado con flores de verano. Las alondras salieron disparadas contra la cúpula de cristal azul, y mil voces de junio cantaron a su alrededor. Frank, con la cabeza descubierta como solía hacerlo, con el abrigo colgado del brazo y las mangas de la camisa enrolladas por encima del codo, se quedó allí como un hermoso animal salvaje con los ojos entrecerrados y la boca entreabierta, bebiendo el cálido aroma del aire.

Entonces, de repente, se arrojó boca abajo sobre la hierba al borde del arroyo, enterrando la cara en las margaritas. Se quedó tendido allí en éxtasis con los brazos abiertos, con sus largos dedos presionando y acariciando las hierbas húmedas del

campo. Nunca antes lo había visto Darcy completamente poseído por su idea: sus dedos acariciantes, su rostro medio enterrado apretado contra la hierba, incluso su silueta parecía tener una vitalidad que de alguna manera era diferente de la de otros hombres.

Y un ligero resplandor llegó a Darcy, algo de emoción, algo de vibración de ese cuerpo reclinado cargado pasó a él, y por un momento entendió como no lo había entendido antes, a pesar de sus persistentes preguntas y las sinceras respuestas que recibieron. Entonces, de repente, los músculos del cuello de Frank se pusieron rígidos y alertas.

—Las flautas... la melodía... —susurró—. Cerca, oh, están muy cerca.

Muy lentamente, como si un movimiento repentino pudiera interrumpir la melodía, se levantó y se apoyó en el codo de su brazo doblado. Sus ojos se abrieron más, los párpados inferiores cayeron como si enfocara sus ojos en algo muy lejano, y la sonrisa en su rostro se ensanchó y tembló como la luz del sol sobre el agua. Así permaneció, inmóvil y embelesado, durante unos minutos, luego la mirada desapareció de su rostro, e inclinó la cabeza, satisfecho.

—Ah, eso estuvo bien —dijo—. ¿Cómo es posible que no hayas escuchado? ¡Oh, pobre hombre! ¿Realmente no escuchaste nada?

Una semana de esta vida al aire libre hizo maravillas al restaurar a Darcy el vigor y la salud que le habían quitado sus semanas de fiebre, y a medida que su actividad normal y una mayor presión de vitalidad regresaron, pareció caer aún más bajo el hechizo que el milagro de la juventud de Frank arrojó sobre él.

Veinte veces al día se encontraba diciéndose a sí mismo lo absurdo de la idea de Frank: No puede ser posible, no puede ser posible, se decía. En cualquier caso, el milagro estaba frente a él, ya que era igualmente imposible que este joven, este niño, temblando al borde de la virilidad, tuviera treinta y cinco años. Sin embargo, así era.

Julio fue acompañado por un par de días de lluvia, y Darcy, que no quería arriesgarse a un pescarse un resfriado, se quedó en la casa. Para Frank, este cambio de clima no parecía tener ningún inconveniente, y pasó sus días exactamente como lo había hecho bajo los soles de junio, tumbado en su hamaca, echado en la hierba que goteaba o haciendo largas excursiones por el bosque.

—¿Resfriarse? He olvidado cómo se siente eso. Supongo que el cuerpo se vuelve menos sensible cuando se acostumbra a dormir al aire libre.

—¿Quieres decir que anoche dormiste afuera en ese diluvio? —preguntó Darcy—. Y dónde, ¿puedo preguntar?

Frank pensó un momento.

—Dormí en la hamaca hasta casi el amanecer —dijo—. Porque recuerdo que la luz parpadeó en el este cuando desperté. Luego fui, ¿a dónde fui? Oh, sí, al prado donde las flautas de Pan sonaron tan cerca la otra semana. Estabas conmigo, ¿te acuerdas?.

Y se fue silbando escaleras arriba.

De alguna manera, ese pequeño detalle despertó de nuevo la incredulidad de Darcy. ¿Frank dormía hasta el amanecer en una hamaca, y luego vagabundeaba hasta el remoto y solitario prado junto al vertedero? La imagen de otras noches semejantes se apareció ante él.

Estaban en medio de la cena esa noche, hablando sobre temas indiferentes, cuando Darcy de repente se interrumpió en medio de una oración.

—Lo tengo —dijo—. Por fin lo tengo.

—Felicitaciones —dijo Frank—. ¿Pero qué es lo que tienes?

—La radical falta de solidez de tu idea. Es esto: Toda la Naturaleza, de lo más alto a lo más bajo, está llena de sufrimiento; cada organismo vivo en la Naturaleza se aprovecha de otro, pero en su objetivo de acercarse, de ser uno con la Naturaleza, dejas el sufrimiento por completo; huyes de él, te niegas a reconocerlo. Y estás esperando, dices, la revelación final.

La frente de Frank se nubló ligeramente.

—Bueno —dijo, bastante cansado.

—¿No puedes adivinar cuándo será la revelación final? En alegría eres supremo, te lo concedo. No sabía que un hombre pudiera ser tan dueño de eso. Quizás hayas aprendido prácticamente todo lo que la Naturaleza puede enseñar. Y si, como piensas, la revelación final viene hacia ti, será la revelación del horror, el sufrimiento, la muerte y el dolor en todas sus formas. El sufrimiento existe: lo odias y lo temes.

Frank levantó la mano.

—Detente; déjame pensar —dijo.

Hubo silencio durante un largo minuto.

—Nunca lo había considerado —dijo al fin—. Es posible que lo que sugieres sea cierto. ¿Ver a Pan significa eso? ¿Es que la Naturaleza, en conjunto, sufre horriblemente,



hasta un punto inconcebible? ¿Debería mostrarme todo el sufrimiento?

Se levantó y se acercó a donde estaba sentado Darcy.

—Si es así, que así sea —dijo—. Porque, mi querido amigo, estoy cerca, tan espléndidamente cerca de la revelación final. Hoy las flautas han sonado casi sin pausa. Incluso he escuchado el susurro en los arbustos, creo, de la llegada de Pan. He visto, sí, lo vi hoy, los arbustos apartados como si una mano y una cara, no humana, se asomara. Pero no estaba asustado, al menos no esta vez.

Dio un giro hacia la ventana y regresó de nuevo.

—Sí, hay sufrimiento todo el tiempo —dijo—, y lo he dejado todo fuera de mi búsqueda. Quizás, como dices, la revelación será esa. Y en ese caso, será un adiós. He ido en una línea. Habría ido demasiado lejos por un camino, sin haber explorado el otro. Pero no puedo volver ahora. No lo haría si pudiera; ¡ni un paso volvería a trazar! En cualquier caso, sea cual sea la revelación, será Dios. Estoy seguro de eso.

El tiempo lluvioso pronto pasó, y con el regreso del sol, Darcy volvió a unirse a Frank en sus largos paseos. El clima se volvió extraordinariamente caluroso, y con el calor llegó un nuevo estallido de la vida. La vitalidad de Frank parecía arder cada vez más. Luego, como es costumbre en el clima inglés, una tarde las nubes comenzaron a acumularse en el oeste, el sol se puso en un resplandor de trueno cobrizo, y toda la tierra se quemó bajo una opresión indescriptible. Después de la puesta del sol, los fuegos remotos del rayo comenzaron a parpadear en el horizonte, pero cuando llegó la hora de acostarse la tormenta parecía no haberse acercado tanto, aunque se escuchaba un ruido de trueno muy bajo e incesante. Cansado y oprimido por el estrés del día, Darcy cayó de inmediato en un sueño pesado e incómodo.

Despertó de repente con plena conciencia, con el estruendo de una terrible explosión de truenos en sus oídos, y se sentó en la cama con el corazón acelerado. Luego, por un momento, mientras se recuperaba de la tierra del pánico que se extiende entre el dormir y el despertar, se hizo el silencio, excepto por el constante silbido de la lluvia en los arbustos fuera de su ventana.

De repente ese silencio se hizo añicos en un grito proveniente de algún lugar cercano, afuera en el jardín negro, un grito de terror supremo y desesperado. Una y otra vez se agitó, y luego se interpuso un murmullo de palabras horribles. Una voz temblorosa y sollozante, familiar, dijo:

—Dios mío, Dios mío; ¡oh, Cristo!

Y luego siguió una pequeña risa burlona y balbuceante. Hubo silencio otra vez; solo la lluvia siseaba en los arbustos.

Todo esto no duró más que un momento, y sin pausa para ponerse ropa o encender una vela, Darcy ya estaba tocando la manija de su puerta. Incluso cuando la abrió, se encontró con un rostro aterrorizado afuera, el del sirviente que llevaba una luz.

—¿Escuchaste? —preguntó.

La cara del hombre estaba blanqueada de espanto.

—Sí, señor —dijo—. Era la voz del amo.

Juntos bajaron apresuradamente las escaleras y atravesaron el comedor donde ya se había puesto una mesa ordenada para el desayuno, y salieron a la terraza. La lluvia, por el momento, había cesado por completo, como si se hubiera apagado el golpeteo de los cielos. Darcy llegó al jardín, seguido por el criado con la vela.

La monstruosa sombra de sí mismo saltó sobre el césped; los olores perdidos y errantes de la rosa, el lirio y la tierra húmeda lo rodeaban, pero más penetrante era un olor fuerte y acre que de repente le recordó a cierto chalet en el que alguna vez se había refugiado en los Alpes. En la negrura de la brumosa luz del cielo, y al vago destello de la vela detrás de él, vio que la hamaca en la que Frank yacía tan a menudo estaba destrozada.

Había un brillo de camisa blanca allí, como si un hombre estuviera sentado en ella, pero al otro lado había una oscura sombra, y al acercarse el olor acre se hizo más intenso.

Ahora estaba a solo unos pocos metros de distancia, cuando de repente la sombra negra pareció saltar en el aire, luego cayó con golpes de cascots en el camino de ladrillos que bajaba por la pérgola, y con saltos divertidos galoparon hacia los arbustos.

Cuando eso desapareció, Darcy pudo ver con bastante claridad que una figura con camisa estaba sentada en la hamaca.

Era Frank.

Solo vestía camisa y pantalones, y se sentó con los brazos apretados. Durante medio segundo los miró, su rostro era una máscara de terror retorcido. Su labio superior estaba retraído sobre las encías, y sus ojos se enfocaban no en los dos que se le acercaban, sino en algo muy cercano a él; sus fosas nasales estaban ampliamente expandidas, como si jadeara por el aliento, y el terror encarnado y la repulsión y la angustia mortal gobernaban líneas terribles en sus mejillas. Luego, mientras miraban, el cuerpo se hundió hacia atrás y las cuerdas de la hamaca jadearon y se tensaron.

Darcy lo levantó y lo llevó adentro.

Una vez pensó que había una leve sacudida convulsiva de las extremidades que yacían con un peso tan muerto en sus brazos, pero cuando entraron, no había rastro de vida. La expresión de terror supremo y la agonía del miedo habían desaparecido de su rostro, un niño cansado de jugar pero todavía sonriendo mientras dormía era la carga que había dejado en el suelo. Sus ojos se habían cerrado, y la hermosa boca yacía en curvas sonrientes, como cuando hace unas mañanas, en el prado junto al vertedero, se había estremecido con la música de la melodía inaudita de las flautas de Pan.

Frank había regresado de su baño antes de la cena esa noche solo con su traje habitual de camisa y pantalón. No se había vestido, y, durante la cena, por lo que Darcy recordó, se había enrollado las mangas de la camisa por encima del codo. Más tarde, mientras se sentaban y hablaban después de la cena sobre el mal humor de la noche, se había desabrochado la parte delantera de la camisa para dejar que el pequeño soplo de viento jugara sobre su piel. Las mangas estaban enrolladas ahora, la parte delantera de la camisa estaba desabrochada, y en sus brazos y en la piel marrón de su pecho había extrañas decoloraciones que se volvieron momentáneamente más definidas, hasta que vieron que las marcas eran huellas, como causadas por los cascos de una monstruosa cabra que hubiese saltado y pisoteado sobre él.